



**EL PODER NEGRO
Y
LAS CIENCIAS
SOCIALES AMERICANAS**

El poder negro en los Estados Unidos ha sido el resultado de la combinación de factores que se han desarrollado a lo largo de la historia. Este poder se ha manifestado en forma de liderazgo y de influencia en la vida social y política de la nación.

Este poder negro se ha desarrollado a lo largo de la historia de la nación. Desde la época de la esclavitud hasta la actualidad, los negros han sido protagonistas de una lucha constante por la igualdad y la justicia social. Este poder se ha manifestado en forma de liderazgo y de influencia en la vida social y política de la nación.

Este poder negro se ha desarrollado a lo largo de la historia de la nación. Desde la época de la esclavitud hasta la actualidad, los negros han sido protagonistas de una lucha constante por la igualdad y la justicia social. Este poder se ha manifestado en forma de liderazgo y de influencia en la vida social y política de la nación.

Este poder negro se ha desarrollado a lo largo de la historia de la nación. Desde la época de la esclavitud hasta la actualidad, los negros han sido protagonistas de una lucha constante por la igualdad y la justicia social. Este poder se ha manifestado en forma de liderazgo y de influencia en la vida social y política de la nación.

Por: Prof. José Luis Méndez

Antes de la proclamación del Poder Negro, las ciencias sociales americanas (1) principalmente la sociología, habían concebido y explicado siempre la situación marginal del Negro en los Estados Unidos como una variante moderna del viejo problema de las sucesiones étnicas que debería en consecuencia seguir las leyes generales del proceso social de Norteamérica. De acuerdo con esa explicación el propósito natural de cada grupo étnico que llegaba a los Estados Unidos (2) era adoptar el sistema de valores y actitudes de los americanos de más vieja cepa, e integrarse a las grandes corrientes de la vida americana. Según esa teoría la integración conllevaba ciertos sacrificios, pues la tradición exigía que los recién llegados se conformaban al principio con las últimas posiciones de la pirámide social; pero luego de un tiempo estos podían aspirar a mejorar su situación y montar en la escala social como otros grupos más viejos lo habían ya hecho (3).

En esa perspectiva, la integración aparecía como la única solución racional del problema negro de los Estados Unidos. Por eso, antes de ser aceptados por sus conciudadanos, los negros debían dar los primeros pasos hacia la igualdad social adoptando sin reserva los valores y actitudes del Credo Americano.

Para las Ciencias Sociales americanas ese credo equivalía a una especie de Ley fundamental no escrita que contenía el conjunto de ideas de los americanos sobre la moral, la política y la religión. Ese cuerpo de ideas era considerado además como el consenso de la opinión pública y el modelo perfecto de una ética y de un comportamiento normal y razonable en la sociedad americana.

Para una ciencia como la sociología americana — dominada por el empirismo y el funcionalismo — ese consenso era naturalmente uno de sus principales instrumentos operacionales. En primer lugar, por medio de él, se pensaba poder impedir la entrada de los juicios de valores en las ciencias sociales, haciendo investigaciones empíricas sobre los valores y actitudes del americano promedio a quien se pretendía describir sin enjuiciar. Pero el hecho de ver en el comportamiento y la escala de valores del americano promedio el modelo ideal de una actitud normal y razonable en la sociedad americana, equivalía a una valorización implícita de los fenómenos sociales que se pretendía no juzgar (4).

Detrás de esa confusión aparente se puede sin embargo percibir un deseo de mantener

la estructura mental del Credo Americano separada de su función social e histórica. Esa separación podía permitir que se le diera una legitimidad científica al orden establecido por medio de dos razonamientos diferentes — uno empirista y el otro funcionalista — que trataban de prolongar la vida de las instituciones existentes atribuyendo y no atribuyéndole un carácter eterno a sus estructuras. Esas dos abstracciones se encontraban en fin de cuentas en la misma analogía conservadora y dogmática.

De esa manera se podía rehusar como "ideológica" y "no científica" toda interpretación de la realidad social americana que no operara a partir de un consenso nacional tendiente a dar unidad a la diversidad, aceptando de antemano la premisa de una tendencia eterna hacia el equilibrio institucional. En esa perspectiva las dos fuentes metodológicas sobre las cuales descansaban esas abstracciones desembocaban naturalmente en la misma conclusión. Los razonamientos empiristas eran utilizados para tratar de demostrar que la realidad social era tan clara y explícita que no era necesario salir de los datos subjetivos inmediatos del consenso general para buscar contradicciones oscuras, y las premisas funcionalistas se utilizaban para afirmar que las tendencias a la integración y el equilibrio eran tan evidentes que no era necesario que se demostrasen o se discutiesen.

Evidentemente argumentos semejantes no hubiesen podido propagarse tan fácilmente de no haber existido hechos concretos en la sociedad americana que a corto o más largo plazo le sirvieran de apoyo. Pero el gran desarrollo económico que se opera en los Estados Unidos a partir de la segunda mitad del siglo diecinueve, al igual que las grandes olas de inmigración que trajo como consecuencia, dieron lugar a una situación social particular que en cierta medida parecía confirmar las tesis funcionalistas.

Por otro lado, el auge económico había permitido una movilidad social tan grande que muchos políticos y sociólogos llegaron hasta a apoyarse en la confusión que ese hecho había provocado para anunciar el fin de la lucha de clases. Por otro lado, esos argumentos se beneficiaron del clima de hostilidad y de desconfianza que reinaba en los Estados Unidos a causa de las rivalidades resultantes de las diversidades culturales de los emigrantes. Esas rivalidades obstaculizaban cualquier consigna que llamara a la unidad de la clase obrera y hacían difícil el progreso de las ideas socialistas, facilitando así la implantación de la ideología de la clase dominante que encontraba su principal punto de apoyo en la división de los sectores populares.

Tomando apoyo en esa situación fue elaborada entonces la teoría según la cual no era en las desigualdades sociales donde se encontraba la principal fuente de fricción humana en los Estados Unidos, sino en el hecho de que el país estaba formado por emigrantes venidos de todos los rincones del mundo que estaban en peligro de entrar en una confrontación si no se les lograba unir (5) en un credo social común.

Esa teoría estaba también rodeada de toda una serie de presunciones y de ideas sobre las particularidades y las consecuencias de la experiencia histórica americana que se encontraban en la misma conclusión: la negación de la lucha de clases. Según esos criterios, no hay lugar en los Estados Unidos para la lucha de clases pues América es como señala Max Lerner, (6) "una sociedad de clases abiertas".

De acuerdo con ese autor, la realidad no es, como se ha creído generalmente, que en Norte América hay una sociedad sin clase, sino que el americano promedio reconoce voluntariamente la existencia objetiva de las clases sociales sin sentir por eso ninguna amargura. Para Max Lerner lo que la noción de clase significa para el americano promedio es:

"Un compartimiento social donde cada cual encuentra las mismas oportunidades que los otros para lo que es esencial en la vida: el dinero, la educación, la salud." (7)

El llama a ese proceso la "lucha de clases democrática" y llega a la conclusión que:

"No hay en América una clase dirigente única, definida, articulada, consciente de su función y de su poder. Por supuesto, existe una clase superior y privilegiada para la cual el ocio es a la vez un hábito y un peso y que en cierta medida da el tono e impone su estilo de vida, pero no es una clase dirigente en todo el sentido de la palabra: la sociedad americana es demasiado móvil y demasiado diversificada para haber podido

dar lugar al nacimiento de una clase dirigente unitaria. (8)

Es a partir de criterios tales como una sociedad de clases abiertas, una lucha de clases democrática y la suposición de que no hay en los Estados Unidos una lucha de clase, que la sociología americana ha tratado tradicionalmente de explicar el problema negro (9). Esos postulados son parte integrante de las ideas americanas tradicionales sobre las relaciones étnicas en general — que como ya habíamos señalado — parten de la premisa que la lucha de clases es secundaria en relación a los problemas étnico-culturales y que la función de las ciencias sociales es garantizar la paz social salvaguardando la existencia del orden establecido.

Es precisamente con ese propósito que fue invitado a los Estados Unidos en 1937 el economista y sociólogo sueco Gunnar Myrdal a quien se le dio la misión de buscar la posibilidad de una explotación más eficaz de los recursos naturales, industriales y humanos del sur de los Estados Unidos (10). Bajo los auspicios de la Fundación Carnegie, Myrdal estudia durante cinco años los aspectos más importantes de las relaciones raciales en los Estados Unidos. Los resultados y las conclusiones de sus investigaciones fueron recogidos en el libro *An American Dilemma* (Un dilema americano) que es una de las obras más completas jamás publicada en los Estados Unidos sobre ese tema.

No obstante — como señala el novelista negro americano Ralph Ellison (11) — a pesar de la calidad y la seriedad del estudio de Myrdal, las conclusiones de su libro son tan ambiguas como la realidad que describe. En efecto, la misión que se había confiado a Myrdal era como el título de su libro: un verdadero dilema. Invitado a los Estados Unidos con el propósito de buscar una nueva manera de concebir y de actuar sobre las relaciones raciales, Myrdal no podía ni conservar los puntos de vistas a partir de los cuales la sociología americana había tradicionalmente actuado y explicado el problema negro, ni alejarse del propósito funcionalista de su misión. Es decir, Myrdal no podía cuestionar las bases sociales y económicas que se le había encargado defender, pero tampoco podía seguir recostándose en los viejos argumentos de la apología liberal que dominaban todavía las ciencias sociales americanas, ya que en esos momentos una nueva página de la historia de los Estados Unidos estaba siendo doblada con la implantación del nuevo trato, hecho que hacía arcaicas las viejas concepciones estáticas y psicologistas de los liberales.

Antes que verse obligado a escoger entre la lucha de clases y los principios sagrados de la libre empresa, Myrdal prefiere seguir una tercera vía, y a pesar de que evita profundizar en las raíces materiales del problema, reconoce, sin embargo, la relación directa de ciertos conflictos de intereses (12) con los prejuicios raciales y denuncia la incongruencia entre la teoría y la praxis en el Credo Americano.

Pero para Myrdal el problema negro sigue siendo esencialmente un problema moral, o sea, un dilema que el describe así:

“El dilema americano al cual hacemos alusión en el título de este libro (*An American Dilemma*) es el conflicto cada día más violento entre, de un lado el conjunto de valores conservados en el plano general que nosotros llamamos “el credo americano” a partir del cual los americanos piensan, hablan y actúan bajo la influencia de altos principios nacionales y cristianos y de otro lado, los valores individuales en el plan específico de personas y de grupos que viven en los lugares donde dominan los intereses personales o locales, los celos de origen económico o sexual, las consideraciones de prestigio en la comunidad al igual que el conformismo, los prejuicios de los grupos contra una persona particular, o contra un tipo de persona y toda clase de deseos diversos, impulsos o hábitos”. (13)

En su opinión, la discriminación del negro se podía combatir eficazmente poniendo en práctica los ideales del Credo Americano. Myrdal piensa igualmente que las oportunidades sociales y económicas que el nuevo trato estaba creando en los Estados Unidos proveerían las condiciones materiales necesarias para una participación más equitativa del negro en la vida democrática de la nación, facilitando así su progreso en la vida social americana.

Pero al concebir el problema principalmente como una cuestión moral, Myrdal no profundiza en las causas materiales que originan el conflicto de interés contenido en el problema



negro. Al contrario, piensa que ese conflicto podría resolverse fácilmente en el marco del sistema capitalista y que para ello sería suficiente hacer valer los altos ideales democráticos de los americanos.

A pesar de ese idealismo a-histórico, el estudio de Myrdal marca un viraje en relación con la manera tradicional en que los sociólogos americanos bregaban con el problema negro. Antes de la publicación de *An American Dilemma*, la explicación que las ciencias sociales americanas habían dado a la discriminación del negro era más bien un compromiso entre la opinión de los racistas y de los liberales en relación con ese problema, que un verdadero esfuerzo por comprender la naturaleza del conflicto (14).

Esa explicación de compromiso satisfacía los dos grupos sociales más interesados en el mantenimiento del statu-quo porque, por un lado favorecía implícitamente el funcionamiento del sistema capitalista aportando los argumentos suficientes para tratar de integrar o neutralizar los diferentes grupos étnicos que llegaban al mercado de trabajo americano desarmándolo ideológicamente. Por otro lado, excusaba discretamente la discriminación explicándola como el resultado de la no-asimilación de los nuevos grupos étnicos (15). Por eso se exigía la adhesión de los recién llegados a los valores y actitudes del "American way of life" (modo de vida americano) antes de ni siquiera hacer esfuerzos reales para que los racistas depusieran sus prejuicios raciales.

En vez de reconocer y denunciar la incongruencia entre la teoría y la práctica en relación con los ideales del credo americano, como Myrdal haría más tarde, se trataba de reconciliar los puntos de vista racistas con el fetichismo de la noción de "status" por medio de una apología pseudocientífica (16) del comportamiento del americano promedio. Por eso durante algún tiempo coexistieron varias ideas contradictorias en relación con el problema negro.

Se decía por ejemplo, que los prejuicios raciales eran inherentes a la condición humana pero se pretendía también que la discriminación respecto al negro debería desaparecer con el tiempo. Se decía que el negro era inasimilable (the anti-amalgation doctrine), pero al mismo tiempo se le pedía que adoptara la manera de comportarse y la escala de valores del americano promedio con el propósito de hacerse aceptar eventualmente por sus condiciones.

Pero ese compromiso ideológico perdía cada vez más fuerza, ya que tanto el racismo como el liberalismo comenzaban a batirse en retirada en la política y en la vida cultural americana. Sobre ese punto es muy interesante observar cómo, a medida que cambiaba la composición étnica de la población americana, se transformaba paralelamente los puntos de vista sobre las relaciones étnicas. En ese sentido había desfilado toda una gama de doctrinas raciales que iban desde la idea mesiánica del pueblo escogido de los primeros pelegrinos, pasando por la teoría de la supremacía teutónica que aparece en los Estados Unidos antes de la guerra civil, hasta la doctrina del destino manifiesto (manifest destiny) de Theodore Roosevelt.

A cada transformación de la base social correspondía una nueva teoría sobre las relaciones étnicas. De esa manera, cuando los irlandeses y los italianos comienzan a consolidar sus posiciones en los Estados Unidos y el país siente la necesidad de cierta reconciliación nacional para lanzarse a una política imperialista, se substituyen progresivamente los argumentos en favor de la superioridad racial y cultural de los Anglo-sajones por la idea de un destino nacional común a todos los americanos.

Pero ese aspecto escapa al análisis de Myrdal, quien ve la incongruencia entre la teoría y la práctica en relación con el Credo Americano como la oposición de dos factores contradictorios (el plano real y el plano ideal) y no como un compromiso empírico que ha tenido siempre un carácter mistificado que se ha beneficiado del "laissez faire" de los liberales. En efecto, hasta los años treinta siempre había sido más ventajoso para la clase dirigente americana reconciliar sus concepciones fundamentales con los prejuicios de "los más numerosos" que salir a la defensa de una minoría oprimida, ya que además de poder servir un día como chivo expiatorio contra la unidad de los trabajadores, hasta 1930 el negro estaba muy poco politizado. No es hasta el momento en que la izquierda americana con el partido comunista a la cabeza toma al negro como símbolo de su política de igualdad social y trata

de poner fin a las rivalidades étnicas, que la sociología oficial americana comienza a sentir la necesidad de una revisión de las ideas tradicionales sobre las relaciones raciales.

Para esa época también varios de los argumentos de base y los pilares ideológicos del liberalismo americano se derrumbaban frente a la agitación popular y las amenazas reales al orden establecido de la crisis estructural que estaba sacudiendo al capitalismo occidental. Esa situación obliga a la burguesía industrial de los Estados Unidos a hacer cambios y concesiones que en varios aspectos desmentían formalmente las doctrinas que habían prevalecido hasta entonces y obligan a la clase dirigente americana a salir de la pasividad relativa para comprometerse cada vez más en la organización y la gestión de la vida social.

Es en ese contexto de grandes cambios significantes que Myrdal llega a la conclusión de que las contradicciones entre la teoría y la praxis en relación con el credo americano estaban en vías de resolverse y que se puede remodelar el carácter de los americanos de acuerdo a los altos ideales de ese credo.

En ese optimismo hay una inversión de la teoría liberal sobre la psicología humana y la dinámica social. A la apología empírica y al psicologismo estático de los liberales tradicionales, Myrdal responde con un idealismo a-histórico que cree que el hombre es fácilmente maleable y que se puede cambiar radicalmente su psicología independientemente de sus orígenes o de su situación social (17).

A pesar de esos cambios, el análisis que Myrdal hace del problema negro sigue todavía ligado a numerosas ideas de base del empirismo y del funcionalismo tradicional de la sociología americana. Primero, a pesar de admitir la influencia de los problemas materiales sobre el carácter de los hombres, Myrdal rehúsa admitir que la lucha de clase es el motor fundamental del proceso histórico y continúa concibiendo la praxis social como una lucha entre individuos que buscan adaptarse al medio ambiente (la familia, la comunidad, la clase, la raza, la zona residencial, el club o la congregación religiosa, etc.). Es decir, continúa viendo el proceso social como una lucha interindividual de carácter funcionalista.

Por eso, como señalaba L. D. Reddick y Ralph Ellison (18), la historia es para Myrdal sólo un "back ground" y no un elemento de transformación activa de la sociedad de su época. Además, haciéndose todavía eco de las teorías funcionalistas y del optimismo de los partidarios del nuevo trato, Myrdal concluye que el único futuro del negro es aceptar los valores y actitudes del americano promedio e integrarse en las grandes corrientes de la vida social de la nación.

Pero, escrito en la época de grandes rectificaciones ideológicas de la burguesía industrial americana, en un momento en que las puertas de la educación universitarias de los países capitalistas se abren a la planificación y al pensamiento macroeconómico y que tanto en Estados Unidos como en Europa el abstencionismo liberal es remplazado por la intervención estatal, el análisis de Myrdal provee a las ciencias sociales americanas de la postguerra las bases conceptuales de una nueva política en relación con el problema negro.

La adopción de esa nueva orientación en materia de relaciones raciales coincide con un compromiso cada vez más acentuado de parte de las ciencias sociales con las grandes opciones políticas y administrativas de la clase dirigente de los Estados Unidos. Ese compromiso que ocurre paralelamente con la toma de control por el estado capitalista de un gran número de funciones anteriormente reservadas a las empresas, tendrá una gran repercusión sobre las ciencias sociales en general y sobre el problema negro en particular.

En efecto, a pesar de que hasta la gran crisis estructural de los años treinta, las ciencias sociales americanas se hacen eco de las concepciones psicologistas de las doctrinas liberales y excusan implícitamente las posiciones racistas del comportamiento del "americano promedio", su participación en la política era relativamente débil. Su función se limitaba prácticamente a sostener el pensamiento de la clase dominante por medio de una apología pseudo-científica de sus concepciones fundamentales.

Con el paso del capitalismo en crisis al capitalismo de organización, las ciencias sociales salen de su relativa pasividad y se convierten en un agente auxiliar activo del poder establecido en su política reformista. En ese contexto, una de las funciones principales de las ciencias sociales en los Estados Unidos fue la de dar su concurso a los industriales liberales ame-

icanos en los dos objetivos principales (19) que se habían fijado con el propósito de parar el estado de deterioro creciente de las relaciones raciales en su país. Primero, tratar de acortar la distancia ideológica entre el norte y el sur, que se había convertido en una verdadera barrera para el desarrollo capitalista sobre un tercio del territorio nacional que se encontraba todavía bajo la influencia retrógrada de las actitudes racistas y nostálgicas del régimen esclavista. Segundo, elaborar un plan de acción destinado a ocuparse de la adaptación de los grupos más pobres de la sociedad existente para tratar de evitar toda acción eventual de los grupos marginales capaz de causar perjuicio al orden establecido.

Pero como desde el compromiso de 1876 los industriales del norte de los Estados Unidos habían dejado a los partidarios de la supremacía blanca arreglar en el sur las cosas a su manera, no se podía actuar de una manera eficaz sobre las condiciones subjetivas de los racistas sin provocar un trastorno en el equilibrio político de la nación. Se pensaba, sin embargo, que en espera de decidirse a entrar en una ofensiva educativa contra la discriminación racial se podía sin ningún riesgo tratar por lo menos de calmar los espíritus de los negros sometiéndolos a una terapia funcionalista de trabajo social intensiva que no alteraría en nada las estructuras políticas de la sociedad americana.

De esa manera, las ciencias sociales americanas se convierten en un elemento clave de un plan de acción destinado a calmar la impaciencia del militante negro. En esas circunstancias, la sociología y el trabajo social en los Estados Unidos se mezclan de tal manera que se hacen casi indiscernibles. En general, es la primera quien presta su prestigio científico al segundo y éste su concurso práctico a la sociología. Pero en tantas ocasiones optaron por hacer pasar la terapia antes que la comprensión, que en muchas cuestiones fundamentales terminaron confundiendo sus postulados ideológicos con la realidad social (20)

Es por eso que — como ya lo habíamos señalado — para las ciencias sociales americanas no solamente los valores y actitudes del sistema de vida americano eran deseables y estaban fuera de todo cuestionamiento serio, sino que además cualquier persona de cualquier origen social podía ser remodelada a imagen y semejanza de esa ética, independientemente de la funcionalidad de ese sistema de valores en relación con su propia situación social. En esa perspectiva surgieron toda una serie de programas, organismos y agencias destinados a la demesticación social de los grupos marginales. Una de esas agencias, para la cual trabajamos en 1963 como trabajador social encargado de un grupo "antisocial" puertorriqueño, explica así su función:

"El propósito más importante de la comisión de la juventud (Youth Board) con las gangas antisociales de adolescentes es el de construir un puente entre los miembros de ese grupo y de la comunidad de la cual se separaron. . ." "En la actividad agresiva y hostil de esos jóvenes hay siempre un concernimiento mínimo con la ética, la implicación moral y el significado del comportamiento. No se trata de jóvenes sin super-ego, ni sin escala de valores; sus valores no son tan poco completamente diferentes de los valores convencionales. Se trata de jóvenes cuyos valores están en una polaridad negativa, en antagonismo constante con la cultura de la mayoría. . ."

"La comisión de la juventud está consciente de la necesidad de proteger a la comunidad utilizando medidas represivas en ciertos momentos en sus relaciones con los clubs antisociales de la calle, pero esos métodos no logran llevar un cambio fundamental en las actitudes y el comportamiento, a pesar de ser apropiadas para utilizarse durante cierto tiempo en situaciones particularmente peligrosas." "Partimos del principio que el adolescente miembro de un grupo de la calle puede ser abordado y, como todo ser humano, es capaz de responder favorablemente a la simpatía, al afecto y la comprensión, si adultos que poseen esas características tratan de acercarse a ellos en su propio nivel. Ese tipo de relación desarrollada entre un trabajador social y un club de la calle puede servir de catalizador para modificar actitudes y comportamiento antisociales y puede ser utilizado para ayudar individualmente a los miembros del club a conocer sus necesidades de una manera más positiva." (21)

Pero veamos también, de acuerdo con la opinión de esa misma agencia que representa bastante bien el pensamiento típico de la sociología americana de los años sesenta, cuáles eran las causas sociales de la existencia de esos grupos marginales:

"Ciertos clubs de la calle o gangas han desarrollado como consecuencia de factores más fundamentales como la discriminación racial o religiosa, la desorganización de la familia, el alojamiento inadecuado, la ausencia de facilidades de recreación o educativas, la inadaptación emocional de sus líderes y de sus miembros, reglas de comportamiento antisocial, de las cuales la más conocida es la pelea callejera."(22)

No hay duda alguna que al lado de la delincuencia juvenil se encuentran también la mayoría, sino todos los problemas mencionados aquí. Sin embargo al darle carácter de causa a lo que no era otra cosa que los efectos de un conflicto social más profundo, se ignora la verdadera raíz del problema.

Es por eso que, a pesar de la función incontestablemente positiva de numerosos organismos de asistencia social en los Estados Unidos en lo referente a las necesidades inmediatas de ciertos ancianos, desempleados, o enfermos mentales, sus actividades resultarían poco eficaces si hubiese que medir el resultado concreto de sus acciones en relación con la evolución general de los problemas sociales que trataban de resolver. Es decir, la acción de un servicio social podía ser positiva cuando se trataba de ayudar a un delincuente a conseguir un trabajo o si había que buscar un hospital para enviar a un enfermo, pero no podía hacer gran cosa para impedir que el sentimiento de frustración se apoderara del ghetto y sus esfuerzos eran casi nulos cuando se trataba de hacer adoptar a la juventud negra o puertorriqueña, un sistema de valores y actitudes que la experiencia social de esos grupos marginales hacía ilusorio y desprovisto de contenido.

Problemas análogos explican en parte la situación paradójica de las ciencias sociales de los Estados Unidos en el capitalismo de organización, principalmente al principio de los años sesenta. En ese momento, el gobierno, las universidades y las fundaciones privadas organizan proyectos de investigación y gastan sumas de dinero nunca antes vistas. Sin embargo, los resultados de todas esas actividades fueron muy exiguos y no abrieron perspectivas nuevas o importantes para la sociología americana.(23)

Es evidente que los sociólogos financiados por los grupos de intereses pueden ser empujados en ciertas ocasiones a operar en función de esos intereses. Sin embargo, a partir de cierto tiempo y luego de cierto límite, las relaciones de causa y efecto entre el interés de los financiadores y las posibilidades prácticas de una ciencia se entremezclan tan estrechamente que los compromisos se convierten en estructuras mentales y se adhieren a las dificultades reales y a las limitaciones inherentes a las diferentes metodologías o visiones del mundo.

Pero para que una epistemología social pueda ser cuestionada seriamente es necesario cierto grado de desarrollo en la conciencia empírica de los opositores. Fue por eso que hubo que esperar la conjunción de cierto número de sucesos de orden interior o internacional como la guerra de Viet Nam, la revolución cubana, la invasión de Santo Domingo y sobre todo la campaña de los derechos civiles para que varios de los supuestos básicos de la política y las ciencias sociales americanas aparecieran claramente desprovistos de todo sentido o aún irracional para el militarismo negro.

Con la ofensiva de los derechos civiles, los desacuerdos entre la teoría y la práctica en la sociedad americana, la banalidad de sus valores y de las concepciones teóricas de las ciencias sociales en los Estados Unidos se hacen cada vez más evidentes para un número creciente de negros americanos. Por eso, cuando los liberales comienzan a inquietarse por las proporciones y la evolución de la campaña de los derechos civiles, los negros responden con un nuevo paso en la escalada: el movimiento "Freedom Now", (Libertad ahora) que, en vez de limitarse a confiar en la legislación de los integracionistas como habían hecho hasta entonces, recomiendan la acción de masas, las huelgas y los boicots.

Con la proclama del poder Negro y todas las implicaciones teóricas y prácticas ligadas a esa consigna se opera un cambio radical en la manera tradicional de concebir el problema negro. Antes de esa proclama había dos posiciones antagónicas que estaban bastante distan-

tes una como otra del aspecto socio económico del problema: por un lado, los nacionalistas negros que rehusaban integrarse a la sociedad americana y denunciaban frenéticamente la opresión del negro en los Estados Unidos pero no ofrecían ninguna explicación coherente de la dinámica social de esa situación; por otro lado, los partidarios de la integración que concebían el racismo como una aberración irracional que había que combatir con la persuasión, la paciencia y el ejemplo. Para estos últimos, el sur aparecía como el niño enfermo de la nación que había que liberar de su tradición, invocando los principios liberales contenidos en el Credo Americano, sin jamás cuestionar esos valores ni las bases sociales y políticas sobre las cuales reposaban.

Con la aparición del Poder Negro se dejan de invocar los mismos argumentos y se proponen nuevos valores que deberían reposar sobre instituciones diferentes y engendrar otro tipo de relaciones humanas. Esta vez es la calidad misma de la sociedad monopolista del capitalismo de organización americano lo que se pone en tela de juicio (24). En ese nuevo cuadro se deja de concebir al racismo como un problema de individuos irracionales para verlo como una superestructura funcional y un producto del capitalismo y del colonialismo. Para esa nueva concepción del hombre y del mundo, sólo un cambio profundo en las estructuras políticas y sociales podía traer una verdadera solución del problema negro en los Estados Unidos. Pero para lograr ese cambio eventual los negros tendrían que comenzar por agrupar todas sus fuerzas con el propósito de crear sus propias estructuras de poder paralelo. Tales propósitos permiten constatar como, en ese momento, solo los negros habían logrado, como grupo, comprender la necesidad absoluta de un cambio cualitativo en la sociedad americana (25). Es por eso que no pudiendo contar en ese entonces, para ese propósito, con la alianza efectiva de ningún otro grupo social en los Estados Unidos, los negros comienzan por organizarse para hacer sentir su peso en la política americana. (26).

-
- (1) Cuando hablamos de "las ciencias sociales" o de "la sociología americana" en general, estamos aludiendo solamente a las tendencias dominantes de esas disciplinas en los Estados Unidos. Es decir, a las corrientes de ideas en ciencias humanas que tienen la aprobación oficial del gobierno al igual que las simpatías y el respaldo financiero de los grandes capitales y que más profundamente han marcado la enseñanza universitaria y la vida cultural de ese país. Dejamos fuera de esa generalización a los trabajos de los marxistas como el grupo de *Monthly Review* principalmente Baran y Sweezy o de estudiosos independientes como C. Wright Mills, Erick Fromm, Franklyn Frazier y otros, que a pesar de la popularidad y la difusión de que gozan en la vida cultural americana, difieren fundamentalmente de las tendencias dominantes de las ciencias sociales en los Estados Unidos.
 - (2) A pesar de que los negros se encontraban en los Estados Unidos desde hacía varios siglos, se pensaba que su desplazamiento del sur rural hacia el norte industrial traería tensiones y problemas de adaptación similares a los provocados para la llegada a América de emigrantes provenientes de otros países.
 - (3) Esa no era la opinión de todos los sectores de la sociedad americana. Durante el siglo diecinueve principalmente y hasta más o menos 1920, numerosos hombres de ciencia, políticos, y antropólogos americanos — en el norte como en el sur — se esforzaban en probar la inferioridad biológica y moral del negro (sobre ese tema vea a Thomas F. Gosser, *Race: The History of an idea in América*, Schocken Books, New York 1965 Capítulo XI). Hemos dejado de lado deliberadamente esas doctrinas racistas con el propósito de colocar la discusión en un plano más científico y concentrar nuestros esfuerzos en las teorías defendidas por políticos y sociólogos liberales que apoyándose en argumentos más sofisticados y más respetables han marcado la vida cultural de los Estados Unidos y ameritan un estudio más profundo.

- (4) "No juzgar" el comportamiento del americano promedio quería decir, en esa óptica, no buscar su estructura ni su significado social. Pero como se trataba de un sistema de valores y actitudes que tenía su origen en la opinión de los grupos más interesados en la conservación del orden existente, opinión que se había esparcido en todas las clases sociales, se podía de esa manera eliminar implícitamente del pensamiento sociológico tanto la historia como las contradicciones sociales, construyendo en abstracto un americano promedio de carácter inmutable. Por eso, la única posibilidad de movimiento en un proceso social concebido en esa forma tenía que ser una tendencia a la auto-conservación y la prolongación del orden existente.
- (5) Es por esa razón que los diversos análisis sobre el problema negro al igual que las consignas del "Poder Negro" tienen implicaciones teóricas tan importantes en la vida cultural americana en general y en las ciencias sociales en particular.
- (6) *La civilisation americaine*: Edition du Seuil, Paris, 1961, p. 344.
- (7) Vea nota No. 2 página precedente.
- (8) *Op. Cit.*, p. 314.
- (9) Todos los argumentos de Max Lerner que hemos citado existían mucho antes que él los incorporara a sus escritos. Ellos eran los conceptos de base de las ciencias sociales americanas antes del nuevo trato y, como veremos en este capítulo, continuaron a pesar de enmarcarse luego en una estructura teórica diferente y perder cada vez más su antiguo prestigio.
- (10) F. P. Keppel: Prólogo al libro *An American Dilemma*, de Gunnar Myrdal, Twentieth Anniversary Edition, Harper and Row Publisher New York, Evanston and London, 1962.
- (11) "An American Dilemma: a review", *Shadow and Act* a signet Book published by the New American Library, p. 290.
- (12) En relación con las incidencias de los problemas materiales sobre el comportamiento de los racistas, Myrdal declara: "Nuestra hipótesis es que en una sociedad donde hay clases sociales diferentes, las distinciones y las divisiones son netamente más marcadas en la clase más pobre. Además los grupos situados en los estratos más bajos de esa clase se impiden mutuamente escalar mejores posiciones facilitando así la labor dolorosa pero necesaria de monopolizar el poder y sus ventajas a la clase más favorecida". (P. 68). En esa declaración Myrdal se hace eco del punto de vista un poco simplista de los liberales americanos que piensan que los prejuicios raciales son el hecho exclusivo de los "Petits Blancs" y no ven relación alguna entre el pensamiento de los racistas y las estructuras mentales o el interés material de los partidarios del statu-quo. Por eso el autor de *An American Dilemma* piensa que eventualmente se puede suprimir el racismo y unir el pensamiento de los "Petits Blancs" y el de los propietarios de los medios de producción en un mismo código moral, sin hacer reventar la cohesión social sobre la cual descansaba el Credo Americano.
- (13) *Op. cit.*, p. 1.
- (14) El gran cambio que trae el estudio de Myrdal es que antes de su publicación se trataba generalmente de explicar las incoherencias entre los prejuicios raciales y las ideas liberales por medio de una apología empirista del comportamiento contradictorio del americano promedio, mientras que a partir de la aparición de *An American Dilemma* se comienza a pensar seriamente en la abolición pura y simple de los prejuicios raciales a través de una ofensiva educativa que deberá culminar poniendo en práctica las ideas liberales del Credo Americano.
- (15) Como habíamos señalado en otra parte de nuestro estudio, los capitalistas liberales llegaban hasta reconocer que el racismo tenía raíces materiales en el conflicto de intereses de los grupos más desfavorecidos de la sociedad. Lo que ellos no estaban sin embargo dispuestos a admitir era el hecho de que, a pesar de que las doctrinas racistas encontraban sus defensores más apasionados entre los "Petits Blancs", el racismo podía también ser muy útil a la clase dirigente porque al alagar la imaginación de las masas con la idea de una nación o de una raza superior podían detornar su atención de la lucha de clases. Por eso, al excusar el comportamiento de los racistas, los propietarios de los medios de producción neutralizaban a los partidarios de la clase obrera y hacían valer al mismo tiempo sus argumentos en favor del statu-quo.
- (16) Aun en un libro como *La civilización americana*, de Max Lerner (que fue publicado con posterioridad al nuevo trato) se puede encontrar todavía esa apología misticadora del comportamiento del "Americano promedio".
- (17) Para Myrdal el sociólogo debe ser antes que nada un ingeniero social. Véase *An American Dilemma*,

p. 1023.

- (18) Ralph Ellison, *Shadow and Act*, a Signet Book published by The New American Library, p. 300.
- (19) Véase F. K. Keppel, Prólogo al libro *An American Dilemma*.
- (20) Como señala Irving Louis Horowitz, el hecho de que muchas instituciones de enseñanza superior en ciencias sociales de los Estados Unidos estén dirigidas por las grandes empresas, permite a estas últimas tener un control casi absoluto sobre los estudiantes y los temas de investigación. Por eso, él piensa que en las ciencias sociales americanas se trata de fomentar trabajos en los aspectos donde se dispone de información preestablecida a la cual se le quiere dar legitimidad científica y se trata de evitar al mismo tiempo la investigación sobre temas de las cuales no se tiene información o a cuyos resultados se le teme; y continúa diciendo: "Muchas veces parece que se hace la investigación por la investigación. El tema escogido no parece tener ningún significado y la búsqueda no aporta ninguna luz sobre ningún problema contemporáneo de importancia. No hay fuerza motriz ni motivos vitales que inspiren esos trabajos ni emerge ninguna potencialidad de sus conclusiones." En su opinión, esa situación se explica por el hecho de que el empirismo no es un método sociológico, sino una ideología social y los estudiantes que tengan interés en obtener una promoción o un diploma generalmente deben acomodarse a esa realidad o renunciar a hacer una carrera en las ciencias sociales americanas. Véase la introducción a *The new sociology*, obra colectiva sobre las ciencias sociales dedicada a la memoria de C. Wright Mills, Oxford University Press, New York, 1965.
- (21) *Reaching the fighting gang*, publicado y editado por el New York City Youth Board, 1960, p. 6, 203 y XV.
- (22) *Ibid*, p. XV.
- (23) Las inversiones del gobierno de los Estados Unidos y de las fundaciones privadas en todos los campos de las ciencias sociales fueron muy importantes durante todo ese período. Sin embargo, los males de todas clases (pobreza, criminalidad, divorcios, suicidios, etc.) lejos de disminuir aumentaron considerablemente. El programa de la guerra contra la pobreza del presidente Johnson, así como la campaña electoral del presidente electo Richard Nixon, basada en la lucha contra la criminalidad constituyen una aceptación implícita de esa realidad.
- (24) En su libro *Black Power* (Vintage Books; New York, 1967 p. 41) Stokely Carmichael y Charles V. Hamilton declaran: "los valores de esta sociedad sostienen un sistema racista; nosotros encontramos ilógico que se le pida al negro que adopten, o defiendan esos valores. Nosotros rechazamos también la pretensión de que las instituciones de base de esta sociedad deben ser mantenidas. El propósito del negro no puede ser querer asimilarse a la clase media americana pues esa clase no tiene por lo general ni conciencia ni interés humanitario."
- (25) En ese sentido Carmichael declara en su discurso de la O.L.A.S. (Organización Latinoamericana de Solidaridad) La Habana 1967, Maspero 1967, p. 117: "Debemos cambiar a Norte América de manera tal que su economía y su política estén en las manos del pueblo. Nuestra primera preocupación es por supuesto nuestro pueblo, los afro-americanos. Pero está claro que una comunidad fundada sobre la propiedad común de todos los recursos no puede existir en el marco capitalista actual. Para que la transformación total se realice, los blancos deben reconocer que la lucha con la cual nosotros estamos comprometidos es también su lucha; por el momento ellos no han llegado a eso. Por más explotado que esté el trabajador blanco, éste ve todavía su interés personal ligado al estado social existente. El racismo latente de este país nos impide trabajar en el corazón de la sociedad blanca, pero hemos pedido a los blancos que trabajaban con nosotros que ejercen su función de propaganda y de organización en el corazón de sus propias sociedades. Cuando los trabajadores blancos tomen entonces la posibilidad real de una alianza entre ellos y nosotros."
- (26) En su discurso a la O.L.A.S. Stokely Carmichael señala, sin embargo, ciertas alianzas que los negros han obtenido con otros grupos: la semana pasada puertorriqueños y negros descendieron juntos a la calle en Nueva York para batirse contra la policía: He ahí un lugar donde lo hemos logrado. Nuestro futuro no puede separarse del de las comunidades hispanas de Estados Unidos y del Continente americano.